

JOYCE CAROL
OATES
AVE DEL PARAÍSO



«Joyce Carol Oates regresa a sus raíces en esta novela que es con seguridad su obra maestra.»

The Buffalo News

Cuando Zoe Kruller, una joven esposa y madre, aparece brutalmente asesinada, la policía se centra en dos principales sospechosos, su marido, Delray, y su amante, Eddy Diehl. Mientras tanto, el hijo de los Kruller, Aaron, y la hija de Eddy, Krista, adquieren una mutua obsesión, y cada uno cree que el padre del otro es culpable.

Situada en la mítica y pequeña ciudad de Sparta, *Ave del paraíso* es una vívida combinación de romance erótico y violencia trágica en la Norteamérica de finales del siglo XX. Joyce Carol Oates regresa al terreno emocional y geográfico de su gran éxito, *La hija del sepulturero*, con esta novela deslumbrante en la que el intenso amor sexual está entrelazado con la angustia de la pérdida y es difícil diferenciar la ternura de la crueldad.

Para Charlie Gross.

*Well love they tell me is a fragile thing
It's hard to fly on broken wings
I lost my ticket to the promised land
Little bird of heaven right here in my hand.*

Me dicen que el amor es algo frágil,
difícil es volar con alas rotas
perdí el billete hacia la tierra prometida
ave del paraíso que en mi mano reposa.

«Little Bird of Heaven»,
interpretada por Reeltime Travelers

Primera parte

1

¡Lo que mi corazón ansiaba! De esto hace ya mucho tiempo.

—No puedo entrar contigo, Krista. Pero te prometo que no me marcharé hasta que estés sana y salva dentro de casa.

Aquel atardecer de noviembre íbamos en coche siguiendo el curso del Black River, al sur de Herkimer County, en el Estado de Nueva York, al oeste y un poquito al sur de la ciudad de Sparta, en una época ya muy lejana, envueltos en niebla y con un olor a humedad ligeramente metálico: el río, la lluvia.

Hay entre nosotras, las hijas —hijas para siempre, a cualquier edad—, algunas que en lugar de encontrar desagradables los olores —con toda probabilidad gemelos, enlazados— del humo de tabaco y de los licores, los consideran atractivos en extremo, incluso seductores.

Seguíamos, en coche, el curso del río para que papá me devolviera a casa. Aquel varón era Edward Diehl —anteriormente «Eddy Diehl», un nombre que alcanzó cierta notoriedad en Sparta por aquellos años—, el «Eddy Diehl» que seguiría siendo mi padre hasta la noche en que su cuerpo quedó acribillado por dieciocho proyectiles que disparó, en un espacio de diez segundos, un improvisado pelotón de ejecución formado por policías locales.

La voz ronca de papá, siempre un tanto burlona. Y ya se sabe que si eres hija te gusta que te tome el pelo, porque eso es una prueba de amor.

—Di sólo que nos hemos retrasado, Gatita. No hace falta que des más explicaciones.

Me reí. Dijera lo que dijese mi padre, lo más probable era que me echase a reír y respondiera *Claro*.

Siempre había que contestar deprisa a un comentario suyo, aunque no se tratara de una pregunta. Si no lo hacías, te miraba fijamente, sin fruncir el ceño pero también sin sonreír. Un suave golpecito en las costillas: *¿Eh? ¿De acuerdo?*

Por supuesto Eddy me llevaba a casa un poco tarde, despreocupadamente tarde. De manera que no había confusión posible en cuanto a que era él quien me había traído a casa y no el autobús escolar.

Despreocupado, así era papá, aunque nunca de manera intencionada.

En aquel atardecer de noviembre me traía a casa no mucho antes de que lo ejecutara un pelotón de fusilamiento; a una casa de la que mi madre lo había expulsado, dándose además el caso de que las circunstancias de su expulsión habían sido humillantes para él. Se trataba de una casa de madera de dos pisos, pintada de blanco, que no tenía nada de especial pero por la que mi padre sentía mucho cariño o lo había sentido al menos años atrás: una casa que construyó en parte con sus manos; una casa cuya techumbre y pintura había supervisado; una casa como otras en la carretera del río, cuya pintura empezaba a desconcharse por el lado norte, más expuesto a los rigores del clima, y con contraventanas y molduras necesitadas de un buen repaso; una casa de la que varios años antes *Eduard Diehl* había sido expulsado por una orden del *Juzgado de lo Penal de Herkimer County, Departamento de Asuntos Familiares*. (Ni mi hermano ni yo habíamos visto aquel documento, aunque sabíamos que existía, escondido en algún lugar en el archivo legal de nuestra madre.)

Mi madre guardaba fuera de nuestro alcance documentos como aquél por miedo —un miedo injustificado, pero

típicamente suyo— de que uno de nosotros, imagino que yo, se pudiera apoderar de la orden judicial y hacerla pedazos.

Yo no era una hija así. Creo que no lo era. Sólo me aferraba a aquella promesa suya despreocupada: *No me marcharé basta que estés sana y salva dentro de casa, Gatita.*

De qué peligros podría librarme gracias a aquella precaución suya, papá no lo concretó nunca.

Me conmovió mucho que me llamara Gatita. Era mi nombre de pequeña y llevaba algún tiempo sin oírlo. Aunque ya no era una niña pequeña y él lo sabía.

Dos años antes, cuando estaba en octavo, había conseguido ver una vez a papá, mirándome. Trece años y tres o cuatro centímetros menos que a los quince, no del todo una adolescente, pero tampoco lo que se denomina una niñita, aunque con un algo infantil, joven para mi edad. Al cruzar una calle del centro, a varias manzanas del instituto, con otras dos chicas de octavo. Y chillábamos, y teníamos un ataque de risa y corríamos mientras una grúa se nos venía encima, amenazadora, con el conductor (varón, joven) provocándonos al avanzar muy deprisa e (imprudentemente) a punto de causar un pequeño maremoto de agua de alcantarilla que nos salpicara las piernas, y una vez en la acera, a salvo pero todavía riendo, sin aliento, después de un *frisson* de terror, vi por casualidad a un hombre que se disponía a entrar en un coche estacionado junto a la acera, y con qué atención nos miraba aquel hombre, nuestras piernas y nuestra ropa mojadas, al verlo —de pelo espeso de color ladrillo y de perfil, de manera fugaz, porque no dejé de correr, ninguna de las tres lo hizo— pensé: *¿Es ése papá? ¿Ese hombre?*

Después pensaría que no. No era papá. El coche en el que se montaba no me había parecido familiar, eso fue lo que pensé.

Por supuesto, no me había vuelto para mirar. Si en la calle, a los trece años, un hombre clavaba en ti los ojos, no te

dabas por aludida.

En aquel día de dos años antes, llovía. En Sparta llovía con mucha frecuencia. Desde el lago Ontario al norte y desde el oeste —desde los Grandes Lagos, más allá (los conocía sólo por los mapas y me encantaba contemplarlos: aquellos lagos semejantes a deliciosos rebaños de nubes, unidos entre sí y con nombres tan hermosos como *Ontario, Erie, Huron, Michigan, Superior*, a donde nuestro padre nos había prometido a Ben y a mí que nos llevaría en algún momento, en un «viaje en yate») — siempre había que contar con un cielo en el que podían brotar los nubarrones de lluvia, enormes masas grises y negras, como producto de una magia malévola.

De aquel paisaje y de aquellos progenitores.

De manera que también aquel segundo atardecer llovía. Y en la estrecha Huron Pike Road la visibilidad era escasa. Cortinas de niebla pálida que eran como periodos de amnesia pasaban por delante del coche de papá, y la niebla se tragaba los faros de luces amarillas que me habían parecido tan potentes. Cuando se conduce en esas condiciones es posible olvidar dónde estás y adónde te diriges y con qué propósito, porque los escasos edificios desaparecen en la niebla y los buzones de correos surgen de la oscuridad como brazos repentinamente alzados.

—¿Papá? Aquí... —dije, porque, bruscamente, allí estaba nuestro buzón al final del camino de grava para los coches que surgió de la niebla antes de lo que, al parecer, esperaba mi padre.

Gruñó para indicar *Sí. Sé muy bien dónde demonios vives.*

¿Entraría con el coche por el camino de grava hasta la casa? ¿Por aquella larga avenida llena de charcos que nos devolvía a la oscuridad? ¿Que nos llevaría como por un túnel hasta nuestra casa que, apenas visible desde la carretera en la negrura omnipresente, brillaba con una blancura fantasmal? Había una luz muy débil en las ventanas del

cuarto de estar, mientras que el piso alto estaba a oscuras. Podría haberse dado que no hubiera nadie, aunque yo sabía que mi madre se encontraba en la parte de atrás, concretamente en la cocina, donde pasaba gran parte del tiempo. Si Ben estaba en casa, lo más probable era que se hallase arriba, en su cuarto, también en la parte trasera.

Antes de que se marchara —antes de que el mandamiento judicial lo echase—, mi padre había reparado el tejado de nuestra casa, muy empinado, porque había una gotera en el ático; también había cambiado algunos cables de la instalación eléctrica en el sótano, además de reforzar los escalones que subían hasta la puerta de atrás. Había sido carpintero de profesión, y muy competente; por entonces trabajaba de capataz en una empresa constructora de Sparta.

En todos los pisos dentro de la casa había pruebas del trabajo de carpintero de papá, de su interés por la casa. Cualquiera estaría tentado de pensar que Eduard Diehl sentía devoción por su familia.

Pero no entró por el camino de grava: se limitó a detenerse en la carretera.

Casi le oí murmurar *Maldita sea, no lo voy a hacer.*

Porque de lo contrario se habría acercado demasiado al escenario de su vergüenza. Al escenario de su expulsión. Al lugar de su dolor y de su rabia que era a veces una rabia asesina, y era demasiado peligroso para él, ya que había sido expulsado de aquel lugar por una orden del tribunal del condado y en aquel instante su aliento olía indudablemente a whisky y su rostro estaba enrojecido por el intenso fuego de su furor.

¿Les parecerá extraño que a mí, que había vivido toda mi vida en Huron Pike Road, hija de un hombre nada distinto de otros hombres que vivían por aquellos años en Huron Pike Road, el olor a whisky en el aliento de mi padre no me molestara sino que encontrara en él algo así como un consuelo? (Siempre que mi madre no lo supiera. Y mi madre no

tenía por qué saberlo.) Un consuelo arriesgado, pero consuelo al fin y al cabo porque era familiar, era *papá*.

Y de repente sus mandíbulas mal afeitadas, que me rasparon y me hicieron cosquillas en la cara, se inclinaron para besarme, húmedamente, en la comisura de la boca. Sus movimientos eran impulsivos y torpes como los de un hombre que ha vivido largo tiempo por instinto y sin embargo ha llegado por fin a desconfiar del instinto igual que ha llegado a desconfiar de su capacidad de juicio, hasta de la idea que tiene de sí mismo. Incluso mientras papá me besaba, bruscamente, con un poco más de fuerza de la debida, un beso que él se proponía que yo no olvidara pronto, me estaba apartando de él porque había surgido entre los dos una avalancha de sangre caliente.

—Buenas noches, Gatita.

No era «adiós» lo que estaba diciendo, sino «buenas noches». Aquello fue crucial para mí.

No parecía que lloviera con fuerza, pero tan pronto como me apeé de su coche y eché a correr hacia la casa, comenzó una lluvia helada que me acribilló. Una increíble ráfaga de hojas mojadas se me echó encima. Corrí torpemente con la cabeza baja, me había quedado sin aliento pero sentía ganas de reír, muy consciente de mi torpeza, la mochila sujeta con una mano y golpeándome las piernas, casi poniéndome la zancadilla. Me parecía horrible pensar que mi padre pudiera estar mirándome. A mitad de camino me volví para ver —como de algún modo sabía que iba a ver— las luces traseras rojas del coche de mi padre desapareciendo en la niebla.

—¡Papá! ¡Buenas noches!

Cualquiera pensaría *¡Pero se lo había prometido! Había prometido que esperaría hasta que estuviera sana y salva dentro de casa.*

Cualquiera pensaría que me sentí decepcionada, herida. Y que ni siquiera me sorprendían la decepción y el dolor. Pero se equivocarían, porque nunca he sido una hija que juzgara a su padre, que había sido juzgado por otros con tanta dureza y crueldad y tan injustamente; y que nunca querría recordar una herida tan trivial, tan insignificante, un malentendido, un descuido momentáneo por parte de un hombre con tantas cosas más en la cabeza, un hombre al que se estaba arrastrando de manera todavía más rápida e inexorable hacia la órbita de su muerte y de su olvido más allá de la longitud del camino de grava, en el que brillaban los charcos, aquella lluviosa noche de noviembre de 1987 cuando yo tenía quince años y esperaba con impaciencia que empezara mi verdadera vida.

2

Un reproche como una flecha lanzada por el arco y dirigida a mi corazón.

Reproche en un tono de voz que casi no era de censura, que casi se podría confundir —si esto fuera una comedia televisiva y usted fuera un espectador inexperto— con picardía, con travesura.

—Estabas con él, Krista. ¿Verdad que sí?

Mi madre no subrayó el pronombre *él*. Con su voz apenas crítica de mamá televisiva, *él* era tan desapasionado como el cemento.

Ni su pregunta era una verdadera pregunta. Era una afirmación: una acusación.

—Podías haber llamado, al menos. Si no ibas a volver en el autobús. Si te hubieras molestado en pensar en alguien aparte de ti misma, y de él. Tendrías que haber sabido...

Que estaba preocupada. O si no preocupada, ofendida.

El orgullo de una madre se hierde con facilidad, no te equivoques pensando que el amor de una madre es incondicional.

Sin aliento por mi carrera bajo la lluvia e indignada, desgreñada, me quité las botas a patadas, tratando torpemente de colgar mi chaqueta en el perchero junto a la puerta, deseando a medias que se rasgara. Una chaqueta de un fantástico color morado e imitación de seda con un ribete crema que me gustaba mucho cuando estaba nueva hacía no demasiado tiempo pero de la que había llegado a pensar que parecía barata y pretenciosa. Estaba evitando en-

frentarme con mi madre porque no quería tener que responder a la mirada acusadora de sus ojos, una mezcla de alivio —era verdad que le había preocupado no saber dónde estaba yo— y de indignación creciente. En la ventana cuadrada sobre la nueva encimera que mi padre había colocado al reconstruir gran parte de la cocina, nuestros reflejos parecían muy próximos por una jugarreta de la perspectiva; sin embargo, no se nos hubiera podido identificar a ninguna de las dos, ni siquiera quién era *madre*, ni quién *hija*. Con voz engañosamente tranquila mi madre dijo:

—Krista, por lo menos mírame. ¿Estabas, no es eso, con él?

Se trataba ya de él. Ahora sin confusión posible.

Un tirante de la mochila se me había enredado en los pies. Le di una patada. Me ardía la cara. Casi de manera inaudible murmuré *Sí* porque no podía mentir a mi madre, que conocía muy bien mi corazón rebelde y, cuando me preguntó qué era lo que había dicho, repetí, culpable, pero desafiante:

—Sí. Estaba con... papá.

Papá era una palabra de niña pequeña. Ben llevaba años sin decirla.

—Y ¿dónde estabas, con «papá»?

—Paseando en coche. En ningún sitio.

—¿En ningún sitio?

—Por la orilla del río. En ningún sitio en especial.

Pero sí que era especial. Porque no estábamos más que papá y yo.

La traición es lo que duele. La traición es la herida más profunda. Traición es lo que queda del amor cuando el amor ha desaparecido.

Mi madre se llamaba Lucille. Nadie utilizaba el diminutivo «Lucy». Una intensa conciencia de su autoridad —ahora de o vulnerable de su autoridad— parecía apoderarse de ella, dominarla, en momentos así, cada vez más, a medida que yo me hacía mayor; al diálogo más intrascendente le

añadía siempre una misteriosa exigencia que nunca parecía llegar a ser plenamente satisfecha. Desde que el marido de Lucille, ahora su ex esposo, que era mi padre, nos había dejado definitivamente, o (eso nunca nos había quedado claro ni a Ben ni a mí) se le había obligado a dejarnos, aquella exigencia se había hecho insaciable.

—«Ningún sitio» incluirá, imagino, una parada para beber algo, seguro que sí. Te estás olvidando de esa parte.

—Bueno... —había conseguido sacar los pies del tirante de la mochila y no tenía ya justificación para no mirar a mi madre que se hallaba muy cerca, a mi lado—. Ese sitio *country* en la Route 31, junto a The Rapids...

—La County Line. ¿Te llevó allí?

Los ojos de mi madre brillaron como monedas de cobre. Porque ahora me había atrapado y no me dejaría marchar sin pelear.

—¿Por qué no me has llamado? Estabas en un sitio con teléfono. Tenías que saber que te estaba esperando.

—He llamado, mamá. Lo intenté...

—No. Estaba aquí, he estado aquí desde las cuatro y cuarto. Habría oído el timbre del teléfono.

—Comunicaba cuando he llamado. Las dos o tres veces que lo he intentado, comunicaba...

Era verdad: había tratado de telefonar a mi madre desde el bar. Pero sólo dos veces. Las dos veces comunicaba. Luego había renunciado, me había olvidado.

Ahora mi madre hizo una concesión: tal vez había hablado por teléfono, sólo unos pocos minutos. Quizá, sí, se había perdido mi llamada.

—He telefoneado a Nancy —Nancy era una compañera de curso que vivía en Sparta, en cuya casa me quedaba a veces a pasar la noche— para ver si estabas allí, o si Nancy sabía dónde podías estar. No lo sabía.

—¡Mamá, por el amor de Dios! ¿Qué necesidad tenías de llamar a Nancy?